LA POESÍA DE LEOPOLDO DE LUIS

No suponía que la confección de un libro podía engendrar una amistad poética. Pero cuando me ocupé del libro "Poesía contemporánea española" (1960), vi que era posible. El gran poeta español, Leopoldo de Luis, nacido en 1918 en la ciudad de Córdoba, me envió poemas propios y ajenos, escritos cuidadosa y legiblemente. Esta generosa amabilidad, esta confianza, me cogieron al instante de la mano, llevándome por los caminos de la fraternidad poética y de la amistad en el mundo dividido de hoy, ayudándome a soslayar y hacer frente a la falta de fuentes literarias, superar vacilaciones personales y sospechas ajenas que de vez en cuando caían igual que un "telón de acero" ante este horizonte poético. Pero a un hombre que por su propia voluntad se ha convertido en "caballo de correo de la ilustración", según las palabras del gran Pushkin, nadie debe ponerle un saco vacío en la cabeza y exigirle que participe en carreras. Precisamente gentes como Leopoldo de Luis, dotadas de un sentimiento de gentileza humana y bondad, han encontrado la manera y el valor de no rechazar hasta ahora también la conversación con sus colegas de países cercanos y lejanos. Quizás como consecuencia de este contacto, sus conocidos poemas **"Patria**

de cada día" y **"El Patrimonio"** aparecieron en traducciones al francés e italiano. Estaban entre las primeras golondrinas, que tomaron el vuelo, saliendo del tejado carcelario de la España de entonces. Me trajeron la voz humana y caliente de un poeta altamente dotado e instruido, ajeno a cualquier falsedad y mentira en la vida y en la poesía, fiel a la esperanza y a la libertad, para las que es necesario mantener siempre abiertas nuestras almas.

Leopoldo de Luis o Leopoldo Urrutia, que es así como firmaba sus primeras obras durante la Guerra Civil (1936-1939). Tengo en cuenta sus publicadas en la colección "Romancero General de la Guerra Española", dedicado a la memoria del inolvidable García Lorca, asesinado el año anterior cerca de Granada. Tienen por objeto acontecimientos y circunstancias reales. El autor sigue su visión realista sobre las cosas y la medida artística de la expresión, tan necesaria para una poesía "circunstancial". El ímpetu juvenil de los sentimientos y la claridad de la expresión, el verso cortado y desnudo le emparentan por su espíritu y su forma con los romances de antaño y muchas veces alcanzan su fuerza artística y su fidedignidad poética. Aun en estos versos notamos al poeta con su percepción natural de lo real y lo hermoso de la vida, lo que irá cambiando con los años acercándose cada vez más a las verdades de todos los días, a la cotidianidad de las gentes obreras y artesanas comunes y corrientes.

Hasta cerca de un decenio después de la Guerra Civil y los forzados años de represión, Leopoldo de Luis no publica poesía. Pero el tiempo no ha pasado en vano. Observa el mundo de la Literatura, estudiando con tenacidad a los clásicos y a los autores contemporáneos. Con su innato afán de instrucción y su paciencia, él enriquece sus conocimientos, y ante su mirada creadora se abren horizontes más amplios.

Junto con el poeta, en él nace y se fortalece el crítico, versado y severo, árbitro justo de libros de poesía. Colabora en una serie de revistas de América Latina y de la misma España. Así que a partir de ese momento el poeta y el crítico literario marcharán juntos, y uno no se decide a quién de ellos dar la ventaja. Aquí, yo prefiero al poeta y sólo menciono de pasada al crítico. Considero que cuanto más fuerte sea el sentimiento crítico de un autor, tanto mejor para su obra personal. Él jamás se permitirá publicar cualquier cosa, ni se conformará con la primera idea que se le antoje.

No puedo dejar de señalar que en Leopoldo de Luis, a veces da la sensación de que el crítico se impone, mientras que el poeta retrocede a segundo plano en su trabajo literario. El ímpetu revolucionario se cambia por cierto temor deliberado, por cierta vacilación ante las circunstancias crueles del tiempo y de la vida. Él busca ya una expresión más tranquila, sus sentimientos e ideas están envueltos en preciosas metáforas que suavizan la agudeza de las ideas. Su poesía se parece a un impetuoso río que de repente se convierte en río subterráneo; la viva presión y el murmullo desaparecen por algún tiempo, para reaparecer cuando sale a la superficie más lento y más profundo. Entonces golpeará sordamente contra la orilla del silencio, pero jamás se resignará con la indiferencia y la soledad hasta que no le esté devuelto "ese sol de la palabra" que "espera" y el "corcel blanco" de las aguas lo lleve "detrás del llanto", donde "un nuevo mundo existe".

Leopoldo de Luis es un poeta de corazón abierto, que lee con cuidado la historia del tiempo y de la vida y no se cansa de mirar los "pájaros imposibles" y en los espacios abiertos recordará la despedida de la escuela y proferirá que "el mundo está mal hecho". Pero él lo acepta tal cual lo ha

recibido como herencia paterna y lo ve en el teatro de la vida. Es la verdadera tierra con sus cálidos muros y fríos desiertos, con los montones de asesinados y los espacios solitarios, el cruce de inquietudes y sufrimientos; ella es su único "edén" al que él quiere y defiende, porque es retoño de su fuerte raíz. El canta a España, a su pueblo, al hogar, al padre y al hijo (así son los miles de padres e hijos), a su vecino Luis el carpintero, que da "... artesana forma de instrumento/ al pino azul, sacando de los troncos/ los casi humanos y útiles objetos". Leopoldo de Luis compara su oficio poético con el del "callado obrero" que crea objetos hermosos y útiles, en cambio él –el poeta– "versos sobre los que apoyar la vida". Su mirada no deja escapar el destino del hombre sencillo, ni tampoco sus útiles o inútiles acciones; él se preocupa por sus sufrimientos y fracasos, abre caminos hacia el futuro, que se refleja en los rostros de los niños en la "salida del colegio". El mundo para ellos se parece a una casa grande donde la gente nace, vive, sufre y lucha con la injusticia y la mentira, y muere digna y honestamente o como insólitos tiranos y servidores.

Leopoldo de Luis aprecia altamente al hombre que trabaja y vive de su propio trabajo, y respeta al prójimo como a su propio hermano. Lo visita por doquiera en sus oficios cotidianos, desea ser como los que ganan su trozo de pan con un trabajo honrado: modestos artesanos, herreros y forjadores, albañiles y carpinteros, en cuyas manos la materia muerta toma vida y se pone al nivel del hombre: el hierro, la madera, el metal maleable, el clavo, la bisagra. Por ejemplo, mientras el clavo es solamente "un espectador humilde y silencioso" en la vida, la bisagra se eleva hasta el rango de una artífice taciturna: a través de sus dos alas, ella ayuda al hombre a conseguir la esperanza o a encontrar la libertad:

"Por ellas la ventana de este muro
a la luz matinal rompe su vuelo,
la puerta de esta cárcel deja
ir hacia el horizonte al preso".
(La bisagra)

El hombre con su buen comportamiento y conducta hacia las cosas es la base moral de la lírica de Leopoldo de Luis. Todo se justifica y se supera (sufrimiento y miedo, perfidia y desconfianza). Cuando está orientado hacia la bondad, engendra esperanza y esfuerzo para alcanzar el acercamiento y la comunicación entre la gente. Obviamente al hombre no lo podemos sustituir con otra cosa, pero él puede cambiar en nuevas circunstancias, al menos de moral y espíritu puede que no coincida contigo o conmigo. Lo importante y lo necesario es encontrar un camino hacia su alma y abrirle los ojos para la luz de los días mejores, cuando su sueño por lo bueno y lo hermoso sea realidad. Él tiene que cruzar "sierras de dolor y amor", para llegar a los territorios quietos de la felicidad y la libertad, o preguntarse qué va a pasar con él si supiera de antemano que la materia es inmortal.

Leopoldo de Luis no canta al hombre en general, sino al hombre de hoy, nuestro contemporáneo y cohabitante, que "lucha, ama, odia, llora, canta". El hombre que es "el acechado gorrión de la Estadística" y que "tiene una sonrisa de pena programada", el hombre al que "el cáncer le ha elegido, el infarto le ronda", lanzado a correr en la multitud técnica del tiempo. Le preocupan las cuestiones complejas de la vida y la muerte, del día de hoy y el de mañana. Él es el blanco permanente en el campo de tiro de los días, a cuya sombra sobrevuelan los pájaros rapaces.

El hombre es una realidad cambiante, expuesta a todos los vientos de los años, de los eventos y las circunstancias,

de la crueldad y la indiferencia. De todas partes está cercado por el mal y la villanía y todo le asusta, desde el "garfio alado" hasta el "azor metálico". Pero él vence su miedo y su duda e intenta alcanzar los "jóvenes sauces de esperanza/ con la ilusión verde en las hojas" que se asoman a la ventana pese al gélido soplo del invierno cruel. El poeta confiesa su dolor y amor, su impulso y esperanza, su inquietud y duda, penetra en el sufrimiento ajeno y dice la verdad sobre la vida de los demás, entusiasma su espíritu en momentos de prueba. Sin embargo, él no es un observador impasible, sino la fuerza promotora del destino humano. Por este motivo, cada poema nos descubre un sufrimiento o dolor, una u otra herida, una confesión o un anhelo, bondad o alegría, que enseguida nos convencen para contar con nosotros en la igualdad o en la lucha en medio de un "mundo mal hecho". Él siente verdaderas ganas por oír esa risa humana, que siempre "...libra al hombre de agrias heces", para llegar a un nuevo descubrimiento poético:

> "Me gusta oír la risa de los que sé que lloran
> también, de aquellos mismos que sufren tanta pena
> y pienso que las manos de la vida elaboran
> sencillos paraísos que el corazón estrena.
>
> La risa es una hermana menor de la esperanza.
> Como es un poco niña más libertad le dejan.
> Suena, y el aire cobra como más confianza
> y las cosas más puras, más pequeñas semejan".
>
> (Oigo la risa)

La poesía de Leopoldo de Luis está en un permanente movimiento y desarrollo, desde el paisaje o el aconteci-

miento de la vida más sencillos, hasta la más profunda reflexión filosófica sobre el mundo, la vida, la muerte y los objetos, aunque ellos fueran simples utensilios artesanos. Para cada tema él encuentra una atmósfera y una expresión poética correspondientes. Domina hasta la perfección el verso y uno tiene la impresión de que es capaz de expresar cualquier idea o detalle. Igualmente bien emplea tanto el romance como el soneto, el poema corto o largo, la forma clásica o el verso libre, completamente rimado o sin rima, pero siempre rico en ideas, en contenido e imágenes, con un lenguaje claro y puro, natural y sin adornos inútiles. El verso se mueve según el desarrollo del pensamiento y el sentimiento: a veces interiormente agitado o tranquilo, y otras desnudo y cortante al igual que conscientemente prolongado o reducido. Su belleza nunca se consigue perjudicando lo humano y lo moral.

La poesía de Leopoldo de Luis da una respuesta clara a muchas preguntas éticas que preocupan a nuestro contemporáneo. Ella es una ventana abierta hacia la vida y el tiempo. Y justamente por eso está solicitada y respetada por los lectores. Se ha ganado su afecto y confianza y su autor el reconocimiento universal como uno de los poetas más destacados de la España de hoy.

Alexandar Muratov

Septiembre 1986

(Traducido del búlgaro por Kleopatra Filipova de Padrón)